

Piedra castreña calada

En el curso de los trabajos de intervención arqueológica en Castromao del año 1973 se localizaron diversos fragmentos de una pieza de granito que podemos identificar como una ventana, aunque formalmente su mejor definición sea una roseta calada.

Se trata de cinco trozos, de dimensiones distintas, que sus descubridores refieren de modo muy sucinto al hablar de ellos en su trabajo «Excavaciones en el Castromao. Celanova (Ourense)» publicado en el *Noticiario Arqueológico Hispánico. Prehistoria*, 5, 1976: «En 1973 se completó la excavación de algunas edificaciones descubiertas el año anterior, en especial de una casa cuadrada que alcanza los tres metros de profundidad, inmediata a la muralla, la cual aparte de cerámica y otros objetos, nos ofreció una preciosa piedra insculturada con un altorrelieve representando algo así como dos largas y gruesas sierpes dispuestas paralelamente de arriba abajo y con las cabezas en opuestas direcciones; una ventana cuadrada con su dispositivo de cierre y trozos de un ventanuco, artísticamente esculpido a modo de rosetón».

Los restos corresponden a cinco trozos, de los cuales los cuatro fragmentos pequeños son muy semejantes, de forma triangular con los lados cóncavos y un rebaje en el centro en una de sus caras. Uno de ellos enlaza perfectamente con el elemento de mayor tamaño, que tiene también forma triangular, con dos laterales escuadrados y formando ángulo y el lado que haría de hipotenusa curvado, dibujando un arco de circunferencia interrumpido por unos pequeños salientes, precisamente donde encaja perfectamente una de las piezas anteriores. Tiene una parte lisa, pero muestra en una de sus caras una franja incisa de cuatro cm de ancho y dos de profundidad siguiendo el arco de la circunferencia que lo delimita, y, siguiendo la misma traza, dos molduras paralelas en bajo relieve sobre el frente de la moldura resultante entre la franja antedicha y el hueco interior. Estamos, por lo tanto, ante la esquina de un bloque granítico en el que se trabajó una circunferencia y el arranque de los pétalos de una roseta hexapétala inscrita en un círculo, que son las definidas por los otros fragmentos conservados, y que podemos reconstruir en su totalidad.

Precisamente son sus características, que ya llamaron la atención a sus descubridores, las que llevan a Calo, al describir la pieza en su *Plástica da cultura castrexa*, a decir: «Hallarse este tipo de vanos con decoración, pues los que pudieran haber existido como simples huecos muy pocas veces son reconocibles entre las piedras de los derrumbes de las casas, es inusual; desde luego, el ejemplar que nos ocupa es un *unicum* hasta el extremo de que, si no hubiera aparecido en el transcurso de una excavación, habría que cuestionar su origen castreño». Sin duda el hecho de ser una roseta y el de estar calada influyen en la valoración anterior.

El sector donde apareció la pieza tiene una singular relevancia en la conformación topográfica de Castromao, tanto por los elementos descubiertos en el sector como por la potencia arqueológica del punto inmediato a la muralla. Estamos al lado de la muralla, en la plataforma baja del recinto castreño defendido y en el sector lateral

del conjunto en el que se descubrieron la *tabula* y el tesorillo monetario, que presenta un lajeado entre las construcciones y que se define como una zona de cierta importancia dentro del conjunto habitado de Castromao de los siglos I y comienzos del II d.C.

Otro aspecto que hay que considerar al hablar de la pieza es la abundancia relativa de piezas caladas descubiertas en las intervenciones en Castromao, casi tanto por el volumen de elementos decorados correspondientes a los períodos finales de la vida del castro como por la singularidad de algunos de ellos que han sido anteriormente también pieza del mes (p.e. la figura zoomorfa, aparecida en un punto próximo). De su rareza puede dar idea el hecho de que en un recuento de los elementos de este tipo definido en un Corpus tan exhaustivo como el ya citado de Calo, no podamos citar más que dos de Briteiros (los números 1 y 2 de su inventario), otras dos de Santa Luzia (nº 1 y 2) y otros tres de Santa Trega (nº 25, 26 y 3), y sabemos de la aparición de algún elemento más, aislado en algún otro yacimiento en fechas recientes, mientras que en Castromao existen al menos fragmentos correspondientes a siete piezas de este tipo, lo que supone un número relativamente alto, más aún si lo establecemos en términos comparativos con el número total de piezas documentadas en los respectivos yacimientos (Calo, Gráfico 1), así como su significación en relación con los núcleos de los que hablamos.

En lo que atañe a las piezas perforadas presentan un cierto paralelismo que me permitiré subrayar aquí: se trata de bloques graníticos de unas dimensiones de aproximadamente 60 x 60 x 10 cm, casi cuadrados pero no totalmente, con la cara frontal trabajada más al detalle, con temas geométricos habituales en otras manifestaciones del mundo castreño (trisqueles, de los que conocemos ya cinco ejemplares diferentes, y rosetas, como en este caso concreto), y en el caso de Castromao aparecen vinculadas a construcciones que en sus proximidades han ofrecido otros elementos arquitectónicos decorados, como bien se advierte en el relato de los descubridores de la pieza. En algún caso incluso han ofrecido vanos de pequeño tamaño, siempre menores que los bloques en los que se abren estas piezas por lo que no resulta fácil relacionarlos directamente.

Conviene también dedicar atención a su funcionalidad. Ciertamente decorativa, ornamentando unas paredes lisas de mampostería, que creemos podrían haber recibido una cubierta de barro y rematada con colores vivos como sugieren ciertos fragmentos encontrados en algunos yacimientos. Podrían haber sido también funcionales, para alimentar la ventilación del ámbito interior, doméstico o cultural, de las construcciones en las que se utilizaban, o tan sólo una ayuda de iluminación interior. De momento no podemos mantener una opinión definitiva sobre el tema.

La decoración responde a una estructura geométrica bien definida, de cierta complejidad pero sencilla de trazar, mediante la utilización de un punto de centro y circunferencias secantes que van perfilando la figura, que es común con los adornos de otras piezas castreñas, fundamentalmente en el frontal de piedras cilíndricas que

se suponen clavadas en los muros de las construcciones y también en la orfebrería, singularmente en los remates de algunos torques. Formas decorativas que muestran los recursos técnicos y el dominio de la geometría de nuestros antepasados, sea influjo mediterráneo o centroeuropeo, y que han dejado un hondo poso en el arte céltico europeo, tanto protohistórico, en el que han profundizado Jacobsthal o Lenerz-De Wilde, como histórico, sobre todo el céltico insular de la tardorromanidad y de la Edad Media.

Ciertamente no se puede descartar una valoración simbólica de las figuras trazadas, como las sugeridas por Cumont (astral, relacionado con la suerte o la fortuna de la vida y de la muerte), pero tampoco la banalización que supone el uso reiterado de ciertos motivos decorativos de vida milenaria sobre los que nos ilustró hace tiempo W. Deonna, que veía en su propia simplicidad geométrica, a veces rebuscada y compleja por el entrelazado de los motivos, pero simplicidad al cabo en el gesto geométrico básico, la razón de su empleo continuado, desde las primeras manifestaciones artísticas de las pinturas rupestres del norte de África hasta los elementos ornamentales cotidianos, todavía vivos no hace mucho tiempo en el mundo rural europeo.

Como podemos ver, el singular yacimiento que es Castromao sigue proporcionándonos sugerencias cincuenta años después de que comenzara la excavación sistemática de la mano de Mariano García Rollán, que tendría continuación en los trabajos de Xesús Ferro y Xaquín Lorenzo, en los que seguidamente yo mismo dirigí, algunos con Alfredo Seara y con Francisco Espino, y los que ahora realiza Luis Orero Grandal con sus colaboradores.